

Epistemología como ética: ¿romper con Freud gracias a Fuentes?^{1*}

Epistemology as Ethics: Breaking with Freud thanks to Fuentes?

Mariano RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad Complutense de Madrid

Recibido: 18.05.2010

Aceptado: 16.09.2010

Resumen

Un examen crítico del crucial cambio freudiano en la explicación de la histeria y de las neurosis en general que tuvo lugar en 1897 no permitiría una evaluación unívoca ni definitiva de la significación del Psicoanálisis, pero determinadas dificultades que se muestran en los trabajos de Freud, como por ejemplo la posición que adoptarían frente al principio de no-contradicción, exigirían de nosotros, si queremos mantener la actitud crítica que nos habrían aportado la ciencia y el pensamiento modernos, una decisión en sentido tanto epistemológico como ético, decisión que nos permite contemplar el freudismo como fe y “testimonio del hombre actual”.

Palabras clave: Psicoanálisis, trauma, deseo, amor, sugestión, verdad, bien.

¹ El presente trabajo está construido desde la libre y personal reflexión, pero también como reseña y estudio del mismo, a partir del libro de Juan Bautista Fuentes Ortega: *La impostura freudiana: una mirada antropológica crítica sobre el psicoanálisis como institución*. Madrid: Encuentro, 2009. Le estoy muy agradecido al profesor Fuentes por habernos ofrecido una obra verdaderamente *thought-provoking*, como dicen los ingleses.

* El presente trabajo ha sido compuesto dentro del Proyecto de Investigación del MEC “Metaescepticismo y el presente de la Epistemología: postwittgensteinianos y neopopperianos”. Referencia: HUM2007-60464. Agradezco a los profesores Óscar González-Castán, Ángeles J. Perona y Stella Villarrea sus oportunas observaciones a una versión anterior del mismo.

Abstract

A critical review of the crucial Freudian change in the general explanation of hysterics and neurosis that took place in 1897 would not let us assess in a definite way the epistemic import of Psychoanalysis. However some difficulties that appear in Freud's works, related for instance to the no-contradiction principle, demand that we make an epistemic and a moral decision. But only if we wanted to maintain the critical attitude that modern science and philosophy have brought to us, a decision that would allow us to see Freudianism as a faith and as "a testimony of a man in our age".

Keywords: Psychoanalysis, trauma, desire, love, suggestion, truth, goodness.

1. Sostiene Fuentes

Sostiene Fuentes, *primero*, que la asociación libre freudiana no es en realidad sino la continuadora de la hipnosis, es decir, un autoengaño entre dos o "acto de mala fe dialógico", presunto ocasionador de una "disociación ampliadora de la conciencia", por la que el individuo va a quedar expertamente absuelto de sus conflictos morales irresueltos. De manera que el análisis operaría la devaluación del sentido moral de la vida del analizado, eximiéndole así de toda responsabilidad respecto de la misma. De ahí su solo interés, que habría de ponerse en estos "réditos prácticos" que nos reporta. Pero sería la ventaja de la asociación libre, en comparación con la más tosca terapia hipnótica inicial, que a través de su puesta en escena el analizado *ya no puede echarse atrás*, una vez que el experto ha asumido toda la responsabilidad intelectual de la interpretación. Fuentes nos está indicando con todo ello, nada menos, que el "descubrimiento del Inconsciente" no habría sido otra cosa que "el descubrimiento de la posibilidad práctica de *fangir* la escisión entre la conciencia y la inconsciencia en aquellas ceremonias dialógicas de «mala fe mutuamente compartida» en las que desde siempre han venido a consistir todas las expresiones de tipo mesmérico o hipnótico" (p. 43).

Sostiene Fuentes, *segundo*, y en ello estaría sin duda la clave de su libro, que la sustitución de la primera teoría freudiana de la represión, la del trauma afectivo, por la definitiva concepción de la escena de seducción/corrupción como fantasía desiderativa primordial y constitutiva, no habría estado ni teórica ni en absoluto empíricamente justificada (por lo demás, tampoco lo estaba la primera), sino que su razón de ser ha de ponerse una vez más en las ventajas prácticas que a Freud le vino a reportar (porque en lo sucesivo, sus pacientes ya no tendrán que esforzarse en recordar una escena que por definición no se puede recordar, y por lo tanto tampo-

co tendrán que acceder por sí mismos a su significado, con lo que quedarían liberados de todo escrúpulo intelectual), de manera que podemos confirmar de nuevo que el objetivo final del Psicoanálisis no sería otro que la devaluación de la vida moral de las personas, con la consiguiente eliminación de todo sentido de la responsabilidad personal.

Se trataría, en orden a lo cual, de blindar o inmunizar *absolutamente* la idea de represión, principalmente porque la idea freudiana de represión implica la de “*sustitución engañosa de lo reprimido*”. Freud se habría abstenido de entrar en la consideración de la conformación *positiva* de la afectividad desiderativa humana, subrayando por el contrario una y otra vez que el deseo sería un deseo “quebrado”, un deseo roto entre su “intención desiderativa” y su “contenido de objeto”, es decir, su formato ineludiblemente normativo o moral. Para que la represión sea inevitable, es decir, constitutiva del deseo como deseo por lo tanto quebrado, Freud *tiene que* suponer la existencia de un deseo sexual infantil puro que sólo ulteriormente sería conformado normativa o moralmente en la matriz familiar. La idea de represión habría sido concebida, desde el comienzo, mediante una “tautología negativa indeterminada”, para inmediatamente propagarse de manera asimismo tautológica-negativa-indeterminada: los valores morales no son “nada más que” sustitutos engañosos de lo reprimido, justamente en la medida en que la norma familiar no es otra cosa que la represión de un supuesto deseo anterior a la misma. Así que el valor no es “nada más que” lo que sustituye engañosamente al deseo, y el deseo lo que queda sustituido engañosamente por el valor: a esta tautología se reduciría todo el freudismo.

Sostiene Fuentes, *tercero*, que el formato filosófico del Psicoanálisis es el del trascendentalismo, o lo que denomina “apriorismo ocasional” (Malebranche, Leibniz, Kant), en la versión negativa quebrada característicamente schopenhaueriana: determinación de la condición formal pura a priori de la propia *imposibilidad* empírica del deseo (y el lacanismo no consistiría sino en la glosa interminable de tal imposibilidad). De manera que la estructura edípica sería trascendental respecto de toda familia posible y para toda sociedad humana, una estructura que además se aplicará monótonamente a todos los valores, culturales, artísticos, religiosos. (Ahora bien, el trascendentalismo kantiano es en sí mismo imposible e ininteligible, nos asegura el autor, en el literal sentido de que la función trascendental “no se entiende”).

Sostiene Fuentes, *cuarto*, que el contexto histórico-social del triunfo de la institución psicoanalítica es el del desmoronamiento de la familia en la cultura modernista. Dicha institución sella tal desmoronamiento por lo que hace a las vidas de los sujetos institucionalizados, en el mismo movimiento en que les arrebató la existencia moral. Ocurre que en la Modernidad en general las relaciones técnico-económicas se abstraen o desprenden de la vida social comunitaria, tendiendo a reducir a ésta en sus propios y exclusivos términos, y en el límite a disolverla. La cultura

modernista estaría integrada por “rebeldes sin causa” que siguen el modelo quejumbroso de Schopenhauer y sobre todo el heroico de Nietzsche, el elitismo esteticista (“donde acaba tu soledad empieza el mercado”). Es una cultura de la *sospecha* y la *desconfianza* que no tiene otra salida que volcarse en el arte de forma voluntarista y por tanto indeterminada, sin en absoluto conseguir llenar el vacío de sentido, y que sufre la alucinación del sexo abstracto como liberación de las ataduras familiares y comunitarias: ¡sería el vicio el que reprime la virtud!, por lo tanto, y no al revés, nos acaba proclamando la teoría de la represión “enderezada”, o puesta de pie, propia del autor.

Por último, Fuentes huye del kantismo hasta un aristotelismo que nos permite entender que, en contra de Freud, no habría quiebra ninguna entre el deseo y su conformación normativa familiar:

Por lo mismo, aquellas condiciones fácticas, económico-técnicas y biológicas, de las que el cuerpo humano no deja de ser genéricamente dependiente, deben ser vistas asimismo como enteramente *refundidas a la escala de las posibilidades comunitarias totalizadoras virtualmente universales, ya específicas y posteriores, de las que dicho cuerpo es asimismo capaz.*

Y es dicha *refundición* la que justamente nos permite entender algo que resulta de primera importancia a la hora de revolvernó críticamente contra la imagen freudiana constitutivamente quebrada de la condición estimativa humana familiar básica, a saber: que entre los cuerpos humanos, con sus capacidades vivientes o anímicas específicas (ya específicamente humanas), y sus obras sociales específicas (ya específicamente humanas), o sea precisamente las formas comunitarias de vida de las que dichos cuerpos son capaces una vez que han quedado refundidos y tallados como tales cuerpos específicamente humanos a la escala de dichas formas de vida comunitaria, *no hay*, al menos *de entrada* (o sea al menos en las sociedades primitivas), *la menor quiebra o fisura, sino antes bien una perfecta continuidad inmediata, la que se da precisamente entre dichas capacidades (o potencias) y su puesta formal en acto social de tipo comunitario* (pp. 104-105).

Aprovecha el autor para exponernos en la obra su convencimiento de que sería la civilización cristiana “vieja o católica” el momento de mayor esplendor y equilibrio comunitario-personal de la historia universal. Frente a *la trituradora moderna*, la de los totalitarismos de todo signo, la de la socialdemocracia del consumidor satisfecho en su establo, que tiende inexorable a la eliminación de todo vestigio de vida real comunitaria; pero asimismo, cómo no, la del neoliberalismo, que implacablemente sacrifica lo humano al mercado, el universo católico medieval se erigiría en ese modelo que los modernistas no pudieron en absoluto ver porque estaba antes de toda la barbarie moderna contra la que se rebelaban (y por eso su rebelión era abstracta y meramente indeterminada, es decir, impotente).

2. Las razones del cambio

Freud por lo general trabajaba con sus pacientes muchas horas todos los días, también por la época en que se hallaba ocupado con los problemas teóricos y clínicos de la histeria, y en general de las denominadas neurosis (por eso justamente estaba comprometido en la solución de los mismos), de forma que es de suponer que todas sus declaraciones de esos años se refieran a sus casos reales y concretos, y se basen en ellos. Naturalmente, si nos decidimos a entender o mejor desenmascarar sus técnicas, o su técnica, y la característica “coerción” del tratamiento analítico sobre la conducta y el discurso del analizado, como procedimientos que pondrían en obra un espectacular “acto de mala fe dialógico”, o especie casi increíblemente artera de autoengaño entre dos –con independencia de lo que semejante expresión tan contundente pretenda dar a entender, que a nuestro juicio sería sin duda demasiado, o no está claro–entonces ninguno de sus argumentos puede tener de entrada ningún valor, así que sería una pérdida de tiempo proceder a su examen. De manera que, para que tenga sentido abordarlos, necesitamos empezar por darle la razón a Freud en lo relativo a la virtud terapéutica de su técnica clínica, aunque sólo sea momentáneamente, en el punto fundamental que estaría en discusión, o sea, que la técnica o las técnicas analíticas permiten la exploración adecuada de fragmentos “perdidos” de la biografía del enfermo, entendida como biografía extendida en las dimensiones de la “realidad” o de la fantasía, que a eso es a lo que vamos. Si el examen nos conduce a una contradicción, ya se sabe, entonces podríamos o deberíamos retirar la suposición punto de partida.

Para apuntalar la teoría traumática de la histeria ya suscrita por su padrino Breuer, teoría complementada en un respecto esencial, claro está, por su “descubrimiento” de la naturaleza invariablemente sexual del trauma (trauma fechado en la pubertad pero, antes de ella, retrotraído hasta la temprana infancia), Freud expone algunos argumentos de muchísimo interés en el escrito de 1896 *La etiología de la histeria*. Nuestra intención se limita en este punto a subrayar la relevancia que para el futuro Psicoanálisis va a tener sobre todo uno de ellos, el que podíamos llamar “argumento del rompecabezas”, en la medida en que condensa el que seguirá siendo el procedimiento detectivesco freudiano hasta el final de sus días.

Las escenas infantiles de corrupción “reproducidas” en la sesión clínica por los analizados tal vez no sean otra cosa que “sugestiones del médico”, o tal vez puras “invenciones y fantasías” del enfermo. Así se pronuncia, naturalmente, el imaginario objetor de Freud, al que éste se apresurará a contestar: En primer lugar, que el recuerdo o mejor la *reproducción* de la escena es sin duda la reproducción *de una realidad*, porque se trata de una realidad *penosamente* sentida y *a disgusto* recordada (una realidad, incluso, que el enfermo se niega a reconocer como realidad efectiva que es ahora recordada: es decir, él desmiente *sentir* que esté de verdad recor-

dando)². Nadie se va a inventar algo en cuya invención vaya a encontrar un severo dolor, mientras que sería perfectamente comprensible que alguien fantaseara con asuntos en cuyo mero fantasear hallaría alguna clase de placer. (Por lo tanto el ataque sexual tiene que haber sido efectivo). En segundo lugar, y sobre todo, lo que sin lugar a dudas prueba la realidad de los sucesos de corrupción/sedución es el hecho de que encajarían perfectamente en el historial del enfermo, hasta el punto de hacer dicho historial *comprensible* de un solo golpe (no sólo “comprensible”, *verständlich*, sino incluso obvio o evidente por sí mismo, *selbstverständlich*, en el sentido de que *no habría podido ser de otro modo*). Los sucesos reproducidos por el enfermo completan la imagen de su circunstancia vital, haciendo desaparecer de ella todo espacio vacío, podemos decir que es como si sus entrantes y salientes casaran con los del hueco vacío que quedaba, hueco que impedía comprender, con el que no se podía comprender, el sentido de la imagen global, justamente como ocurriría en los rompecabezas infantiles³. ¿Quién dudaría de que la pieza de un rompecabezas, cuando ha encajado y completado el rompecabezas, de manera que ahora podemos ver la imagen de conjunto y “comprenderla” perfectamente, es justo la pieza que faltaba, y su lugar no es otro que ese lugar que hasta hace un momento estaba vacío, impidiendo la “visión del sentido” de la imagen?

Freud aprestará en el mismo texto, por lo demás, otros diversos argumentos, como por ejemplo el tan célebre de la sorprendente amplitud de los casos de agresión sexual a menores, una amplitud que los padres no pueden ni sospechar ni prever y sobre la cual se habría documentado el que iba a fundar el Psicoanálisis, por-

² „Zunächst ist das Benehmen der Kranken, während sie diese infantilen Erlebnisse reproduzieren, nach allen Richtungen hin unvereinbar mit der Annahme, die Szenen seien etwas anderes als *peinlich empfundene und höchst ungerne erinnerte Realität*. (...); sie können nur durch den stärksten Zwang der Behandlung bewogen werden, sich in deren Reproduktion einzulassen, *sie leiden unter den heftigsten Sensationen*, deren sie sich schämen und die sie zu verbergen trachten...“ (p. 65) [Cursiva M.R.]. *Zur Ätiologie der Hysterie* (1896), en *Studienausgabe*, Band VI. Hrsg. von A. Mitscherlich, A. Richards, J. Strachey. Frankfurt a. M., S. Fischer Verlag, 1971 (7^a), 51-83 pp. Cotéjese este fragmento con el correspondiente castellano en *La etiología de la histeria*, en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo I (1873-1905), XIV, Trad. de L. López Ballesteros y de Torres, ordenación y revisión de J. Numhauser Tognola. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, 299-317 pp., p. 306.

³ „Verstärken solche Vorkommnisse den Eindruck, daß die Kranken wirklich erlebt haben müssen, was sie unter dem Zwang der Analyse als Szene aus der Kindheit reproduzieren, so entspringt ein anderer und mächtiger Beweis hierfür aus der Beziehung der Infantilszenen zum Inhalt der ganzen übrigen Krankengeschichte. Wie bei den Zusammenlegbildern der Kinder sich nach mancherlei Probieren schliesslich *eine absolute Sicherheit* herausstellt, welches Stück in die freigelassene Lücke gehört— weil nur dieses eine gleichzeitig dar Bild ergänzt und sich mit seinen unregelmässigen Zacken zwischen die Zacken der anderen so einpassen lässt, dass kein freier Raum bleibt und kein Übereinanderschoben notwendig wird—, so erweisen sich die Infantilszenen inhaltlich als unabweisbare Ergänzungen für das assoziative und logische Gefüge der Neurose, *nach deren Einfügung erst der Hergang verständlich—man möchte oftmals sagen: selbstverständlich—wird*“ (p. 66) [Cursiva M.R.]. 51-81 pp. Cotéjese con el fragmento correspondiente de la p. 307 de la edición española citada.

que en aquellos años ya había un cierto interés médico en el asunto. De un total de dieciocho casos de trastorno mental del tipo de la histeria o la neurosis, los dieciocho habrían reproducido las famosas escenas. (Alude Freud aquí de pasada al *puzzle* de la inducción, insinuando que sin duda alguien diría que en los dos o tres siguientes casos no se daría la situación). Además, y lo que parece en verdad definitivo, en dos de ellos por casualidad se ha podido cotejar la respectiva información suministrada por los analizados, sin que los enfermos se hubieran podido poner de acuerdo, y el hecho es que lo relatado por ambos concuerda a la perfección.

La primera teoría de la represión, por lo menos en cuanto a su componente esencial del ataque sexual precoz efectivo, se nos muestra aquí, de esta manera tan limpia, si así lo podemos decir, dotada de esa *necesidad* y de esa seguridad o certeza que en nuestra tradición intelectual siempre se han supuesto características de lo “verdadero”. El abuso sexual sería la *única* pieza que se ajusta al hueco del rompecabezas, y la única que completa el rompecabezas. Y por otra parte, la reproducción de la escena no se trataría del efecto de la simple sugestión, primero porque, si hemos de creer a Freud, él nunca habría podido llevar al paciente a reproducir nada de lo que él esperaba que reprodujera; pero, segundo y sobre todo, porque el paciente *sufre* sin duda al reproducirlo, y además él mismo quiere desentenderse del recuerdo como recuerdo *suyo* o recuerdo que le atribuyen. ¿Quién puede dudar del dolor del otro cuando el otro padece?, podríamos preguntarnos emulando a Wittgenstein cuando pensaba en la duda de si los demás tienen “alma”. Aunque sin duda no tenga en absoluto que cumplirse ni que entenderse siempre como engaño *intencional*⁴, parece difícil concebir un autoengaño, por muy propiciado y apoyado en el diálogo con el experto que venga servido, que asombrosamente se traduzca en el dolor del que se engaña a sí mismo: el rendimiento del autoengaño sería justamente el del placer del pensamiento desiderativo. (A no ser que sospechemos que el paciente consiente en sufrir para obtener “rendimientos prácticos” de estos sus sufrimientos, o que incluso disfruta de sufrir; pero esta vuelta de tuerca, sencillamente, no la queremos dar⁵: ¿cómo podría intuir, sospechar, o mucho menos saber, el enfermo, antes del diván, que de su sufrimiento en las sesiones iban a poder derivarse tales rendimientos prácticos que se supone característicos del autoengaño?).

En una nota a pie de página añadida a este escrito que estamos citando en el año 1924, Freud nos dice, refiriéndose precisamente al argumento del dolor (pero lo podríamos hacer extensible al del rompecabezas) que “*todo esto es correcto*”, pero

⁴ Como habría dejado perfectamente claro Alfred Mele en su obra ya clásica sobre el tema: *Irrationality. An Essay on Akrasi, Self-Deception, and Self-Control*. New York / Oxford, Oxford University Press, 1987.

⁵ Este asunto surgió en conversación con el profesor Javier Vilanova en una de las sesiones de investigación del grupo impulsor del proyecto mencionado al comienzo de este trabajo, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.

que él por aquel entonces no se había liberado de la excesiva valoración de la *realidad* y de la consiguiente devaluación de la *fantasía*. Este “todo esto es correcto” va a tener una gran importancia para nuestra propia meta-argumentación.

Pero vayamos por partes. Sobre todo a partir de la muerte de su padre, Freud va a profundizar en su auto-análisis⁶, y es en el curso del mismo cuando escribirá a Fliess desde Viena la célebre carta del 21 de Septiembre de 1897, en la que le informa de que *ya no cree en sus neuróticos*, o, para expresarlo como haría él mismo unos años después, en visión retrospectiva, que se ha visto obligado a *reconocer* que las escenas de seducción/corrupción nunca tuvieron lugar efectivamente. Es verdad que exponerle a Fliess las razones de este trascendental cambio, en el que podríamos fechar el nacimiento del Psicoanálisis, no va a ser sin duda una tarea nada sencilla, puesto que Freud antes le había convencido justo de lo contrario. Ni a Fliess ni a ninguno de sus lectores, por supuesto. Para empezar, uno de los motivos actuales de Freud contradice frontalmente al Freud del año anterior, el de lo improbable de que se den tantos padres y figuras paternas perversas. Y también otro es sangrantemente contradictorio, el de los continuos fracasos de los intentos de concluir realmente los análisis (porque muy poco antes el mismo Freud había esgrimido con complacencia el “argumento terapéutico” de las series de casos cuyo tratamiento había llegado a un final satisfactorio sobre la base de la primera teoría de la represión).

Lo que tenemos en Septiembre de 1897 es un testimonio de la percatación de que en el análisis nos moveríamos en el plano de la fantasía, de la “realidad psíquica”. O bien, como dice Freud, de que en el inconsciente no habría “signo de realidad”, no hay distinción posible entre una representación verdadera y una representación afectivamente cargada. Dicho de otro modo, Freud no sabe en este momento a qué atenerse en nada de lo referente al asunto de las neurosis, porque se le acaba de abrir la posibilidad de que “la fantasía sexual adopte el tema de los padres”. Y es que, además, *en este momento*, se halla persuadido de que no hay modo de saltar la barrera entre la conciencia y el inconsciente (o sea, notifica el hecho de que ni en las psicosis más delirantes llega a irrumpir “el secreto de las vivencias infantiles”).

Es cierto que Freud está dando ahora por bueno lo que con tanto esmero se había ocupado en rebatir tan sólo un año antes, a saber—como podemos leer en la *Autobiografía*⁷—, que la escena de corrupción/seducción era *tan sólo* una fantasía de sus pacientes, a los que tal vez se la había sugerido él mismo (!). Pero si recorda-

⁶ “(...) El principal paciente que me ocupa soy yo mismo (...) Este análisis es más difícil que ningún otro y es también el que me priva de la energía psíquica necesaria para anotar y comunicar cuanto he aprendido hasta ahora. Sin embargo, creo que debo proseguirlo y que será una etapa inevitable en mi labor” (Carta a Fliess del 14-8-97, pp. 214-215 de la edición española del libro de bolsillo de Alianza Editorial: *Los orígenes del psicoanálisis*, trad. R. Rey Ardid, Madrid, 1975).

⁷ Cf. *Selbstdarstellung*, Band XIV, III, pp. 58-60, en Sigmund Freud: *Gesammelte Werke. Chronologische geordnet*. 18 Bände. Frankfurt a. Main, S. Fischer Verlag, 1946. Cotéjese con la p. 46 de la traducción española de L. López-Ballesteros y de Torres en el libro de bolsillo de Alianza Editorial, Madrid, 1969.

mos los dos argumentos que hemos considerado esenciales, el del dolor y el del rompecabezas, podemos llegar fácilmente a vislumbrar que permanecen inalterados en el cambio de la “realidad” por la fantasía, que es de lo que en definitiva se está tratando en este punto decisivo para el futuro del Psicoanálisis (la fantasía puede doler, y lo fantaseado puede ser una pieza del rompecabezas de mi historia de vida). Con respecto a la limitación de la técnica analítica de la que antes daba testimonio resignado, es significativo que su mismo autoanálisis le llegará a revelar un mes después de la famosa carta de Septiembre, por ejemplo, que sobre los 2 años, o 2 años y medio, se despertó en él la *libido ad matrem*, con ocasión de un viaje de Leipzig a Viena en que tuvo ocasión de verla *nudam*. De todos modos, y esto creemos que es importante en relación con el enfoque general del libro de Fuentes, no estaría mal recordar aquello de que es el sueño “la vía regia al Psicoanálisis”, en el sentido de que, por mucho que la pérdida de la fe en sus neuróticos fuese vivida por Freud más bien como triunfo que como fracaso, su desorientación consiguiente en el problema de la histeria no acabaría hasta por lo menos Enero de 1899, cuando le escribe a Fliess que “en el sueño reside la clave de la histeria, entre otras cosas”⁸.

El caso es que tendríamos, en resumidas cuentas, dos argumentos de importancia crucial para el Psicoanálisis, (el del dolor y) el del rompecabezas, que pueden apoyar la tesis X, la de la corrupción *efectiva*, pero también la tesis -X, la de la corrupción *fantaseada*. No habría por lo tanto terreno mejor abonado para el escepticismo que este terreno del cambio freudiano, por ello un cambio absolutamente sorprendente. Pero recordemos la observación de Freud a los argumentos a favor de la “realidad” de la corrupción, con ocasión de la revisión de los mismos en el 1924: “esto es totalmente correcto”. Es decir, los argumentos son válidos, y *siguen* siendo válidos con el cambio de teoría. Que no debamos caer en el escepticismo en relación con el núcleo duro del Psicoanálisis viene requerido, entonces, por la transformación semántica del término “fantasía”, en lo que hace a su peso valorativo. Esto es, se va reconociendo en el curso de los meses, y así lo entrevé o vislumbra Freud, que la fantasía, en el terreno de lo mental, o del trastorno mental, el mismo terreno, es tan efectiva y tan contundente como la realidad, o sea, es como si fuese realidad, en el sentido preciso de que provoca efectos, es efectiva, *Wirklichkeit*. Por eso el verdadero sentido del cambio de la teoría de la histeria ha de ponerse en el descubrimiento decisivo de que las mismas razones que sustentaban la realidad digamos “material” o “empírica” de la seducción, valen para sustentar asimismo la realidad *psíquica* de la seducción, habida cuenta de que en la dimensión específica del Psicoanálisis, su dimensión constitutiva, la fantasía es tan o más real que la “realidad” misma, en el sentido que equipara “real” con “efectivo” o determinante de efectos.

⁸ *Los orígenes del Psicoanálisis*, p. 266.

Dicho sea de paso, un saber como el psicoanalítico que se movería con preferencia en este plano del deseo o de la “realidad psíquica”, pensamos nosotros que es evidente que no puede edificarse trabajando con la metodología hipotético-deductiva al uso de las ciencias positivas convencionales. Esta imposibilidad nos daría mucho que pensar sobre la firme declaración de Fuentes, y de muchos otros antes que él, de que, entonces, las proposiciones psicoanalíticas carecerían de contenido semántico, o son simplemente circulares o tautológicas. Aparte de que una declaración tal se montaría sobre una noción verificacionista del significado que ya habría sido muchas veces puesta en cuestión, y que no parece acompañarse con algunas de las hoy vigentes⁹, es necesario tener bien presente que el mismo argumento del rompecabezas viene a expresar una metodología y una concepción del significado de las teorías psicoanalíticas que, aparte de compaginarse con la clásica *abducción*, o “salto” a la mejor explicación, detectable por ejemplo en la teoría darwiniana, bien podríamos calificar de *narrativas*. No es de extrañar que la ciencia de la fantasía nos entregue explicaciones narrativas¹⁰, que han de ser evaluadas según los cánones de la tradición hermenéutica. Lo cual no significa en absoluto, por supuesto, que semejantes explicaciones no deban estar ancladas en sucesos “reales” de la vida del analizado: habría un concepto absolutamente indispensable de *verdad narrativa* que tiene que ver con ese anclaje efectivo¹¹.

Entre las injusticias que se le han perpetrado a Freud a cuenta del asunto del cambio tenemos también la de Breger cuando pontifica¹², desde la sabiduría que da el mero transcurso del tiempo (suponemos que por causa de la experiencia acumulada), con la reflexión crítica de que Freud no debió plantear nunca el problema de la escena de la corrupción como una cuestión del tipo “o bien esto/ o bien aquello”, es decir, que la realidad del ataque sexual sería compatible con el decisivo papel de la fantasía que el fundador del Psicoanálisis descubriera en el 1897. Y es que precisamente en ese texto tan citado de la *Autobiografía*, Freud termina dándonos a conocer con toda claridad su opinión definitiva al respecto: “De todos modos, la corrupción efectuada en la infancia conservó un lugar, aunque más modesto, en la

⁹ Si bien Quine la habría reivindicado como irrenunciable, por ejemplo, en “Naturalización de la epistemología”, en *La relatividad ontológica y otros ensayos* (1969), Madrid, Tecnos, 1974, 93-121 pp.

¹⁰ Cf. el tratamiento de la “explicación narrativa” en el contexto del conocimiento histórico que lleva a cabo Arthur Danto en 1965 en su libro *Narration and Knowledge*. New York, Columbia University Press, 2007. La referencia básica en este asunto en el ámbito “continental” sería desde luego la amplia obra de Paul Ricoeur.

¹¹ Precisamente Ricoeur habría estudiado con brillantez los “criterios del hecho en sentido analítico”. Cf. Rodríguez González, M.: “Narración y conocimiento: el caso del psicoanálisis hermenéutico”, en *Revista de Filosofía*, 3ª Época, vol. XIII (2000), núm. 24, pp. 139-167, especialmente pp. 156 y ss.

¹² Cf. Breger, L.(2000): *Freud. El genio y sus sombras*. Trad. M. Diago y A. Debritto Barcelona, Javier Vergara Editor, 2001, p. 190.

etiología de las neurosis. En estos casos reales los corruptores habían sido casi siempre niños de más edad”¹³.

3. Freud trabajando

Un momento de indiscutible importancia en el nacimiento del Psicoanálisis lo tendríamos en el célebre caso “Dora”. En su puesta por escrito, Freud comienza añadiendo a la anterior metáfora, tanto abductiva como hermenéutica, del rompecabezas, la apelación al método del arqueólogo, el otro experto que a partir del estudio de meros restos y ruinas iría deduciendo la estructura y el “sentido” de todo el conjunto monumental desaparecido. Han sido ese procedimiento del que se enfrenta a un rompecabezas, y ese trabajo del arqueólogo, los que habrían llevado al fundador del Psicoanálisis a superar la teoría de la seducción precoz *sin abandonarla*¹⁴, como ya habíamos tenido ocasión de comprobar por lo menos en otra declaración explícita.

En la historia de Dora, y con su método detectivesco habitual, el de la sofocante exclusión del azar, Freud irá del intento de seducción traumática inicial al efectivo enamoramiento de la joven protagonista, o mejor, a sus tres enamoramientos; y sin duda la primera impresión del lector es que el procedimiento analítico iría por consiguiente desmontando o eliminando los múltiples “autoengaños” de la paciente, por así denominarlos, antes que, como quiere Fuentes, trabar uno nuevo y puede que definitivo. En realidad, en la historia de Dora los diferentes personajes se engañarían más o menos a sí mismos, y a los demás, sin que podamos entrar ahora en la cuestión de si ese engaño generalizado es o no plenamente intencional.

Pero es menester el descenso a las menudencias de la vida. Cuando la muchacha contaba catorce años, el señor K, por supuesto mucho mayor que ella, y además casado y muy amigo de sus padres, esperó un día completamente solo a Dora en su tienda, cuando ella esperaba que estuviera con su mujer, para en determinado momento, de forma inopinada, echársele encima, abrazarla y besarla en la boca: “Esta situación así era apropiada para provocar en una muchacha virgen, de catorce años, una clara sensación de excitación sexual. Pero Dora sintió en aquel momento una violenta repugnancia”¹⁵. El juicio de Freud nos queda de inmediato totalmente claro, habida cuenta de que el señor K todavía era joven y “atractivo”, al

¹³ Freud: *Autobiografía*, III, p. 48. P. 60 de la edición alemana citada.

¹⁴ Cfr. “Análisis fragmentario de una histeria (‘Caso Dora’)” (1901 [1905]), en *Obras Completas* de S. Freud, Tomo I, XXI, 933-1003 pp., nota 490, p. 946 de la edición citada. En idioma original: “Bruchstück einer Hysterie-Analyse“. *Caso Dora. Freud-Studienausgabe* (1969-1975). Hrgn. von A. Mitscherlich. A. Richards. J. Strachey. Band VI, 83-187 pp. Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1971 (7ª).

¹⁵ *Ibid.*

menos según la subjetiva opinión del fundador del Psicoanálisis: aquí habría tenido lugar por consiguiente una característica y sintomática “inversión de los afectos” (“en lugar de la sensación genital que una muchacha *sana no hubiera dejado* de experimentar en tales circunstancias, aparece en ella una sensación de displacer..., o sea la repugnancia y la náusea”¹⁶ [Cursiva MR]).

Sin necesidad, pero sobre todo sin ganas en este momento, de referirnos a las tan características *deducciones* freudianas sobre la presión añadida que Dora *habría tenido* además que sentir como si dijésemos por necesidad (?), y no precisamente de los brazos del señor K sino de otra parte de su anatomía, siempre claro está a juicio del *experto*, como tampoco al “evidente” significado (?) del hecho de que el displacer de Dora estuviera al parecer adscrito a “las mucosas correspondientes a la entrada del tubo digestivo”¹⁷, no deja de ser como mínimo chocante la representación freudiana de la “normalidad” o la salud en cuestiones sexuales (sobre todo su absoluta seguridad: lo que *tiene que* causar excitación o placer a *toda* muchacha *sana*). Y es justo la inconsecuencia o *incongruencia* del comportamiento y de los sentimientos de la muchacha (en realidad se podría, se tendría que decir de la niña), la que no sólo justificaría su etiquetado como “histérica”, sino lo que además constituye el flanco más nítido por el que atacar la enfermedad, o iniciar esa suerte de “abordaje” terapéutico. *Porque tiene que haber una peculiar necesidad en el sexo, un logos del amor, una sexología absolutamente newtoniana, tal sería el punto de partida*¹⁸. O sea, en este terreno queda por principio excluida, acabamos de decir que asfixiantemente excluida, toda idea de casualidad, de azar, como cuando en una de las sesiones Dora se pone de buena a primeras a jugar con un monedero, abriéndolo y cerrándolo, *etc.* (¿o era una caja?, pero eso daría igual), después de que el doctor llevara tiempo intentando hacerle reconocer su adicción infantil y juvenil a la satisfacción auto-erótica.

Fabricación freudiana de la necesidad en el ámbito erótico: (las menudencias de la vida, va pasando el tiempo y Dora no sólo atiende y cuida a los hijos del señor y la señora K con admirable solicitud maternal, sino que además exhibe en socie-

¹⁶ *Loc. cit.*, p. 947.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ De lo que se trataría es de hacer pensables los síntomas de Dora con la conciencia del carácter necesario de ese pensarlos. De deducirlos trascendentalmente, por lo tanto, puesto que Freud se tenía a sí mismo por el Kant del mundo interior, y a su psicoanálisis por una psicología “trascendentalmente” (metapsicológicamente) justificada. Ahora bien, la filosofía trascendental había podido construir la necesidad de sus deducciones a partir del hecho del conocimiento humano *en cuanto indiscutible* en la Geometría de Euclides o en la Física de Newton. Teniendo esto en cuenta, hay que decir que es un verdadero *salto mortal* ensayar lo mismo a partir de unos síntomas psicopatológicos que están siempre por fijar, en su sentido, como tales síntomas: porque ¿qué es lo que me justifica en pensar que tiene que ser posible pensar (el sentido de) unos síntomas, con el carácter de necesidad requerido para que sea meramente posible el saber psicoanalítico? En todo caso habría que degradar la necesidad trascendental en simple invitación a una apuesta hermenéutica.

dad un silencio claramente consentidor, se diría que hasta cómplice, ante las bien aparentes relaciones íntimas de la mujer del señor K con su mismísimo padre, de las que por otra parte, y paradójicamente, con tanta indignación se queja al terapeuta)...*ergo* a lo largo de todos estos años, Dora, en realidad, *había estado enamorada* [*verliebt gewesen war*¹⁹] del señor K²⁰. (Dora al pronto no está de acuerdo con la deducción freudiana, si bien no tarda en acordarse de que una vez su prima le había observado que estaba loca por ese hombre. Más adelante el material biográfico recopilado haría muy difícil negar esa deducción, así que Dora llega a admitir que tal vez había querido al señor K...hasta el momento en que tuvo lugar la segunda escena de agresión sexual en el lago²¹).

¿Qué podemos decir nosotros? Sólo que, como mínimo, resulta muy dudoso que *haya que* concluir lo mismo que Freud concluyó (la *Folgerung* que sacó); sólo que no es cierto en absoluto que su conclusión *se imponga* o se siga por sí misma de los dos “hechos” mencionados. Es decir, que el escepticismo resulta de rigor, o es lo decente, ante la idea de que el hipotético enamoramiento de Dora por el señor K sea la pieza que completaría el rompecabezas, o la mejor explicación posible del caso. Para empezar, si bien es cierto que los dos paseaban juntos a menudo y que él le hacía a ella constantes regalos, en lo referente al “*verliebt sein*” freudiano, y a nuestro juicio sobre esa relación de Dora con el señor K, todo dependería en último término de la operación de ampliación conceptual que conlleva el término psicoanalítico *libido*, esto es, de la modificación del lenguaje corriente según la cual toda relación amorosa entre las personas se organizaría alrededor de un núcleo sexual²²

¹⁹ Página 113 de la edición alemana citada.

²⁰ Página 952 de la edición española citada.

²¹ *Ibid.*

²² María Zambrano dejó escrito en el mismo comienzo de “Para una historia del amor” que “Una de las indigencias de nuestras días es la que al amor se refiere. No es que no exista, sino que su existencia no halla lugar, acogida, en la propia mente y aun en la propia alma de quien es visitado por él...En el ilimitado espacio que, en apariencia, la mente de hoy abre a toda realidad, el amor tropieza con obstáculos, con barreras infinitas. Y ha de justificarse y dar razones sin término, y ha de resignarse por fin a ser confundido con la multitud de los sentimientos o de los instintos, si no acepta ese lugar oscuro de ‘la libido’, o ser tratado como una enfermedad secreta, de la que habría que liberarse”, en *El hombre y lo divino*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2005 (1955), p. 256.

De esta resignación del amor a ser confundido tendríamos en Freud un ejemplo paradigmático que ha dado expresión o ha transformado nuestra época: Ahí está el prólogo que escribiera en 1920 para la cuarta edición de *Tres ensayos para la teoría sexual*, de 1905, prólogo en el que, entre otras cosas, respondía al reproche de pansexualismo, que se le seguía haciendo por aquel entonces al movimiento que fundara, con la alegación de que había sido “el divino Platón” el que ya había ampliado antes que él el concepto de amor sexual. Pero iba a responder sobre todo aludiendo a los descubrimientos de la investigación psicoanalítica, como escribiría además en un texto de la misma época: “Nuestra justificación está en el hecho de que la investigación psicoanalítica nos ha enseñado que todas estas tendencias constituyen la expresión de los mismos movimientos pulsionales que impulsan a los sexos a la unión sexual, pero que en circunstancias distintas son desviados de este fin sexual o detenidos en la

(¡desde el momento en que las notas constitutivas del amor sexual serían según Freud la aproximación y la abnegación!, notas que encontraríamos por otra parte, sin excepción, en todos los tipos de amor, como la amistad, el que se supone entre padres e hijos, el amor a la humanidad, ¡o el que uno le tiene a su anciana abuela o el que siente cuando recuerda a la madre Teresa de Calcuta!).

Después tendríamos que añadir a esta ligereza conceptual freudiana el asunto de la falta de perspicuidad, rayana en la confusión, y además el de la inestabilidad, constitutivas del lenguaje psicológico corriente, en los que habría insistido por ejemplo el último Wittgenstein²³. No habría en este terreno de lo psicológico conceptos cristalinos de límites nítidos: casi diríamos que a fuerza de presentarle “pruebas” de ello como las que presentan los freudianos, a cualquiera se le convencería de estar *más o menos* “enamorado” de cualquiera, o como poco de muchas personas que se relacionan con él, puesto que además el concepto freudiano de libido es un concepto “ampliado”, y entonces la indeterminación, relativa confusión e inestabilidad constitutivas del lenguaje psicológico corriente llegan a hacerse tan generalizadas y explosivas que se podría llegar a decir absolutamente *cualquier cosa* (esto es lo que ocurre, como veremos, cuando hablamos de los estados mentales inconscientes, o del Inconsciente como tal). ¡Es verdaderamente curioso que se fabrique la necesidad, o que se pretenda traer a la humana sexualidad bajo el *logos*, haciendo de verdad sexología, mediante el procedimiento de eximirse de los requisitos inexcusables del significado, esto es, de darse licencia para decir cualquier cosa! ¿Se puede fundamentar la palabra del hombre en los mecanismos del desplazamiento y la condensación? ¿Puede darse así razón de ellos?

Que Dora haya estado enamorada del señor K todos esos años significa entre otras cosas pero muy en primer lugar, que Freud pretende convencer a la víctima de que ella desearía a su acosador y a su agresor sexual (*de menores*), de modo que el psicoanalista está asumiendo inequívocamente la voz del verdugo, porque por supuesto *el verdugo no pretende otra cosa que convencer a su víctima exactamen-*

consecución del mismo, aunque conservando de su esencia lo bastante para mantener reconocible su identidad (abnegación [*Selbstaufopferung: autosacrificio*], tendencia a la aproximación [*Streben nach Annäherung*])” (*Psicología de las masas y análisis del yo*, IV, p.29 de la trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, en la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1969. Cotéjese con p. 98 del vol. XII de la edición alemana). De la justificación de la ampliación conceptual que conlleva la libido freudiana por la investigación psicoanalítica no puedo opinar directamente porque no soy psicoanalista, pero la justificación estrictamente conceptual de la que dispone Freud es a todas luces insuficiente, en el sentido sobre todo de *arbitraria*, a mi juicio atribuible a algo así como a un burdo “darwinismo” muy determinante en él. Poner el bienestar del otro por encima del bienestar propio en el autosacrificio, y ni tan siquiera buscar su compañía más allá de lo estrictamente necesario, no parecen elementos o rasgos de las relaciones afectivas que tengan que ir vinculados necesariamente, en absoluto, a la relación estrictamente sexual entre los humanos.

²³ Cf. Hacker, P.M.S.: *Wittgenstein. Meaning and Mind*. Part I Essays. Volume 3 of an Analytical Commentary on the *Philosophical Investigations*. VII, 3. “The indeterminacy of the mental”. Oxford UK and Cambridge USA, Blackwell, 1990, pp. 136-141.

te de lo mismo, apoderándose o adueñándose así, en caso de tener éxito, del deseo de su víctima adolescente. Por eso es fácil de entender la indignación que se levanta o se tiene que levantar contra Freud en la víctima o en el analizado o en el lector (desde el punto de vista que tenemos que adoptar para conseguir entender el discurso freudiano es como si todos los lectores fuésemos víctimas). Indignación que se bautiza como “transferencia” y que por descontado vendría a confirmar, entendida freudianamente, que la víctima desea a su verdugo. Por eso justamente la víctima estaría enferma, *por desear a su verdugo y no poder permitirselo*, y es que de lo contrario no tendrían sus síntomas justificación alguna (ellos constituyen, en realidad, su actividad sexual con el acosador). *Es decir, que en realidad no habría en absoluto verdugo ninguno.*

Pero sigamos con las menudencias de la vida. En segundo lugar, la preocupación de Dora por las relaciones entre su padre y la mujer del señor K sería a los ojos de Freud una preocupación de naturaleza obsesiva (esto es, iría mucho más allá del explicable beneficio que ella consigue extraer, para la buena marcha de su deseo, del astuto truco de proyectar sobre su padre los reproches que en realidad son auto-reproches: permitir lo de su padre con la señora K para que su padre le permita lo suyo con el señor K). Lo que sucedía en el fondo, y esto habría que sacarlo a la luz para dar cumplida cuenta de ese carácter obsesivo, o aparentemente injustificado, de esa preocupación de la muchacha por la relación extramatrimonial de su padre, es que Dora se identificaba con su propia madre adoptando el papel de la mujer celosa (“¡esa mujer o yo!”, amargos reproches dirigidos al padre, incluso la amenaza de suicidio para castigarlo o vengarse de él); pero es el caso que también se identificaba con la mujer de K (ese sería, y no otro, el significado de sus accesos de tos nerviosa): así que se identificaba con las dos mujeres amadas por su padre. *Schluß, Folgerung* que cae por su peso: Dora estaba *enamorada* de su padre²⁴, en el sentido, claro está, del amor sexual (*daß sie in den Vater verliebt war*)²⁵. Tal sería la segunda pieza de ese rompecabezas tan complicado que sería la vida de Dora, o la ruina que puso Freud al descubierto en un nivel del yacimiento arqueológico suponemos que más profundo o en cualquier caso más antiguo. En realidad, ya hablemos del “descubrimiento” o, como Breger y otros²⁶, de la “invención” del Edipo (si creemos que se trata de lo primero, lo que sería el caso de la experiencia propiamente freudiana, habríamos hecho nuestro el *dogma* constitutivo y definidor del credo psicoanalítico, como muchísimos nos subrayan, por ejemplo Nasio²⁷), el célebre

²⁴ *Análisis fragmentario de una histeria* (p. 963 de la edición española citada).

²⁵ „Diese frühzeitig Neigung der Tochter zum Vater, der Sohnes zur Mutter, von der sich wahrscheinlich bei den meisten Menschen eine deutliche Spur findet, muß bei den konstitutionell zur Neurose bestimmten, frühreifen und nach Liebe hungrigen Kindern schon anfänglich intensiver angenommen werden“ (p. 130 de la edición alemana citada).

²⁶ Cf. Breger, p. 192, por ejemplo.

²⁷ Cfr. Nasio, J.D.: *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires, paidós, 2007.

complejo nos vendría servido analíticamente (i.e. desde el mero significado de los términos) por la mentada ampliación conceptual del amor sexual que significa el concepto de libido, con independencia de cualquier experiencia “ocasional” de esas que Freud esgrime una y otra vez en tanto recogidas de sus análisis, o de su autoanálisis. Porque está claro que hay, o incluso tendría que haber, un “amor” inicial entre padres e hijos, incluso parece que tenemos que empezar por suponerlo en todo caso, y además está claro que se trataría del “primer amor”, al menos desde un punto de vista cronológico...*por consiguiente*, en el argumento “familiarista” del Edipo, que tanto irritaba a Deleuze²⁸, asistiríamos, *por definición*, al surgimiento del deseo sexual de toda nueva generación humana.

Por otra parte, asumiendo una muy artificial actitud de inocencia teórica, se nos ocurre preguntar ahora por el destino del principio de no-contradicción en el pensamiento freudiano y psicoanalítico en general. A un ignorante en estas cuestiones del Inconsciente le podría resultar enigmática o incluso incomprensible la mera posibilidad de que Dora estuviera enamorada del señor K y de su padre “a la vez”. En seguida encontramos una respuesta de Freud, de esas que parecen tan plausibles que se llegan a imponer como evidentes: la “inclinación infantil” de Dora por su padre (en realidad deseo sexual inevitable en todos los humanos pero especialmente intenso y precoz en los neuróticos) vino a ser reavivada en un determinado momento como astuta protección contra el violento y actual deseo de Dora por el señor K, o sea, con el fin de que ese deseo torrencial y tan inadecuado no la arrastrara. Es así como Freud vendría a traducir a su peculiar y característico lenguaje la reacción, totalmente comprensible desde la psicología del sentido común—no haría falta detective alguno—de una adolescente que pide ayuda a su padre, y busca su apoyo y su cariño (¿hay que sospechar de algo en este punto?), cuando *más falta le hace*, o sea cuando se siente acosada por un agresor sexual mucho mayor que ella, casado con una amiga de ella y de su familia, y amigo íntimo de los propios padres, y ¡con cuya mujer el propio padre tiene una relación sentimental!: casi diríamos que serían perfectamente comprensibles los trastornos de Dora sin ninguna necesidad de ir a buscar las piezas perdidas de un supuesto rompecabezas. *¿Qué rompecabezas?* Por lo demás, dando por supuesto el movedizo concepto de “amor” como amor esencialmente sexual (“abnegación-aproximación”), que en todo esto se supone, el principio de no-contradicción sería por descontado sorteado o salvado con la facilidad que proporciona la absoluta indeterminación (o sea, situándose al margen de él); algo que, con la noción corriente de “estar (profundamente) enamorado”, con los ribetes románticos característicos, resultaría sin duda mucho más problemático.

Pero es el caso que el pobre principio de no-contradicción, esencial para poder hablar y escribir con sentido, y no digamos para poder mantenernos alerta como hay que hacerlo, o sea, con una actitud crítica, ante todo discurso que se nos presenta

²⁸ Cf. Deleuze, G. y Guattari, F.: *El antiEdipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Barral, 1974.

con pretensiones de verdad, va a quedar al final, y a nuestro juicio, seriamente comprometido cuando Freud parece detectar el tercer nudo amoroso del drama de Dora. Es cierto que se podría apelar a las singularidades siempre tan alarmantes del deseo humano para desentenderse con tranquilidad de las exigencias de la lógica a la hora de hablar de él: pero el problema sería entonces cómo es posible hablar *de nada en concreto*, incluido el deseo, sin atender a las exigencias de la lógica entronizadas en el principio de no-contradicción.

Porque de hechos tales como que Dora nunca se vengó de la mujer de K (o de que su superficial actitud hostil hacia ella ocultaba una realidad sentimental no sólo diferente sino de sentido totalmente opuesto, como por lo demás suele ocurrir con las cosas del Inconsciente: y esto no es sino dar por descontado lo que se pretende probar), o como que Dora nunca habló mal de ella cuando tenía suficientes razones para hacerlo, o que incluso una vez se le había oído comentar admirativamente qué piel más blanca o qué cuerpo más blanco tiene la mujer del señor K (¡pero es de suponer que no sólo de estos hechos!, imaginamos nosotros), Freud viene a concluir lisa y llanamente que el enamoramiento de Dora por la mujer del señor K, es decir, su inclinación homosexual o ginecófila, “era la más poderosa de las corrientes inconscientes de su vida anímica”²⁹, y el determinante más potente de su enfermedad neurótica.

Pero antes de extenderse en consideraciones generales sobre el estrecho vínculo entre las tales mociones homosexuales, tan frecuentes en la adolescencia, y la neurosis (ya se sabe que en esa edad de la vida se hacen amistades con personas del mismo sexo que llegan a ser muy apasionadas: en ningún análisis habría faltado la detección de la tendencia homosexual de varones y mujeres), Freud insertará una observación importante para nosotros:

He de tratar ahora de una nueva complicación, de la que no hablaría seguramente si hubiera de inventar tal estado de ánimo para una novela en lugar de analizarlo como médico. El elemento al que ahora voy a aludir puede tan sólo desvanecer y enturbiar el bello conflicto poético que suponemos de Dora, y seguramente sería suprimido por el poeta, que siempre tiende a simplificar y a abstraer cuando actúa como psicólogo. Pero en la realidad que aquí me esfuerzo en describir es regla general la complicación de los motivos y la acumulación y composición de los impulsos anímicos, o sea la superdeterminación³⁰

El amor de Dora por la señora K es más profundamente inconsciente, se hallaría más reprimido que sus otros dos amores, lo que sitúa a la muchacha en una difícil tesitura en medio de la relación de su padre con la señora K, y de la suya con el marido de aquella mujer. Esta complicación endiablada de la “realidad” nos indica

²⁹ *Análisis fragmentario de una histeria* (p. 1001, nota 556, de la edición española citada).

³⁰ *Op. cit.*, p. 965.

que la psicología nada tendría que ver con la composición literaria o poesía. Si el caso Dora fuese de verdad como una novela, encontraríamos en él un ajuste o una simplificación artificial, obtenida a costa de abstraer tendencias, hechos, detalles: en este caso, su enamoramiento homosexual (¿por qué precisamente éste?). Pero queremos insistir en que sólo la especificidad conceptual del “amor” freudiano permite que uno se las arregle más o menos con el principio supremo de la lógica, al leer textos como el del caso Dora. Esto significa que el Psicoanálisis es una *creencia*. Porque se podría muy bien pensar que el que se nos haya “demostrado” su apasionado enamoramiento del señor K. no permitiría en absoluto “demostrar”, a continuación, su profundo (y simultáneo, y en el mismo sentido) enamoramiento de la mujer del señor K., *en el sentido corriente o no psicoanalítico de “estar enamorado”*.

Porque si no se podría decir que todo se cumple como si Freud contemplara el principio de no-contradicción, en el fondo, como un auténtico arreglo o procedimiento “poético” de simplificación, por necesario que pueda resultar para el entendimiento lingüístico en el pensamiento “diurno”. En realidad, como expresión de la incapacidad humana, del pensamiento racional humano, de ser fiel a una realidad compleja y caótica (exactamente igual que Nietzsche lo había entendido antes que él). ¡Las cosas de la mente, las cosas del Inconsciente son en cambio verdaderamente *reales!*: es decir, tan complejas que no se ajustan o no se preocupan de “respetar” el famoso principio.

Se podría sin duda objetar a esta crítica “lógica”, que las relaciones causales que sobredeterminan los síntomas de Dora se hallan por supuesto a un nivel que no es el de las relaciones ideales que manifiestan las leyes de la lógica. Pero es el caso que Freud confundiría sistemáticamente los dos planos, fundiendo la causa y la razón, un procedimiento constitutivo del Psicoanálisis que, al parecer de Ricoeur, no es ningún error de Freud, sino que estaría fundado en la cosa misma: el ser humano como síntesis de fuerza y sentido.

Y es que se trataría de *hablar* o de escribir acerca de esas relaciones causales que sobredeterminan los síntomas de Dora, o sea de narrarlas, de manera que de inmediato nos instalamos en un terreno que es el del sentido, un terreno, el del decir, que viene “regido” por el principio de no-contradicción: contra la tesis freudiana en el texto citado, hay que afirmar que siempre estaríamos en el ámbito de la “composición poética”. Entonces el problema, para decirlo una vez más, es cómo vamos a lograr “hacer sentido”, y con ello mantener una actitud responsablemente crítica en las cuestiones intelectuales, o también, movernos en los límites de una ética de la creencia.

Y es que, si la divisamos desde un punto de vista externo y no el del adepto, la Psicología que vemos surgir de estos textos es una que se permitiría decir “cualquier cosa” (porque, de hecho, absolutamente todo se puede transformar en su contrario, incluso es muy usual que tenga lugar esta transformación en los procesos incons-

cientes); y una contra la cual, *por lo tanto*, no se puede decir nada (porque en el mismo momento en que se dice se estaría diciendo, también, justamente lo contrario, o sea, se la estaría confirmando al refutarla). Vista desde fuera, Freud habría “descubierto” una necesidad verdaderamente peculiar, una necesidad que nace, precisamente, de un cierto rechazo, un rechazo “en lo fundamental”, en el fundamento, del principio de no-contradicción, tan necesario “en la superficie” que sus quiebras nos sirven para acceder al fondo de donde estaría excluido. Por lo mismo, como muy bien apunta Fuentes, habría que constatar de una vez por todas que Freud se dedicaría en realidad a “psicoanalizar” al lector con sus escritos. Ciertamente es que para leer a cualquier pensador se hace necesario movilizar una suerte de “principio de caridad”, o la suposición de que lo que dice y escribe tienen un sentido y una coherencia mínima que hay que tratar de desentrañar por mucho que nos cueste. Pero para “entender” los textos de Freud se nos dirige algo mucho mayor que esta demanda hermenéutica general, se nos exige “entrega emocional”, y por lo tanto intelectual, porque esa entrega emocional vendría a traducirse en la suspensión de nuestra actitud crítica habitual. Sólo nos parecerá entender verdaderamente a Freud si dejamos que su palabra vaya movilizándonos “lo nuestro”, nuestros “complejos”, nuestros nudos y conflictos afectivos. En verdad, los vaya moldeando o dando forma y consistencia de “algos”, superando aparentemente una indeterminación de lo mental que sería muy dudoso que se pudiera alguna vez superar. De manera que el camino de salida está ahora claro.

Pero una vez que, para entenderle, accedemos a poner en suspenso nuestra actitud crítica, como por otra parte se exige en el pacto terapéutico que inicia el análisis, entonces nos hacemos incondicionales de Freud porque el efecto de seducción se cumpliría sin obstáculo alguno: lo que algunos han llamado el “efecto de verdad” del Psicoanálisis radica en esto precisamente, en que al leer cualquiera de sus escritos, en esa disposición de entrega emocional que se hace inevitable si se quiere “entender” algo, parece que acusamos más de 20 ó 30 impactos emocionales en “lo nuestro”. Como si la “carne patética” del paciente freudiano y la del lector fueran en cierto sentido una misma carne, de manera que la verdad freudiana se convierte para él en la verdad máximamente refulgente, o la misma verdad absoluta de la voluntad schopenhaueriana, a la que justamente sólo se podrá llegar si dejamos atrás o superamos el simplificador y mentiroso, e incapaz, principio de no-contradicción. Para ir al fondo de las cosas habría que superar la razón, porque el fondo de las cosas es simple y llanamente a-racional: tal es el estribillo de Schopenhauer (y de su discípulo Nietzsche). La peculiar *necesidad* freudiana, que nacería en virtud de la superación de este principio, es la misma necesidad de *la represión*, la de las energías y las intensidades en lucha³¹, la mayúscula necesidad de la pulsión

³¹ Por ejemplo, comentando el primer sueño de Dora: “Usted se halla, pues, dispuesta a dar a K. lo que su mujer le niega. Tal es la idea que con tanto esfuerzo ha de ser reprimida y hace así *necesaria*

inconsciente que daría su extraordinario sentido al ámbito, *máximamente real* por originario, del proceso primario. Mientras que el principio de no-contradicción vale sólo para el campo de la representación consciente, o del proceso secundario.

¿Por qué el Psicoanálisis, a pesar de todos los pesares, habría empapado nuestro mundo, penetrado cada uno de sus poros? En una buena parte, desde luego, por este su arte y su habilidad de darle la vuelta, tan justificadamente en apariencia, a todo discurso de sentido contrario, de girarlo todo a su favor y en su beneficio, contra el opositor. Todo lo que lo refuta acabará, tarde o temprano, por confirmarlo, puesto que todo lo que lo refuta se puede ver como motivado por la represión y la defensa y la transferencia³²... Por eso no cabe, en relación con el Psicoanálisis, o no significa nada *en el fondo*, un fallo judicial definitivo, un hipotético fallo judicial tras sopesar cuidadosamente los hechos y los diferentes argumentos contrapuestos desde un punto de vista neutral, porque un fallo judicial sólo puede radicarse en el proceso secundario, y entonces no vale. Es decir, en relación con el trabajo freudiano es ilusorio un punto de vista neutral porque a ese nivel profundo se le puede hacer jugar como se quiera, o como convenga, en relación con el nivel superficial del lenguaje de la razón, en el que de momento se siguen dirimiendo de puertas afuera las disputas entre los humanos.

Entonces, como quiere Fuentes, se haría oportuna, incluso necesaria, una *decisión*, en el sentido de cortar por lo sano y tomar partido. Otro camino no hay si queremos desenredarnos. Y quiero referirme en este decisivo punto de la decisión a Otto Weininger cuando dejó bien sentada la necesidad de decidirse por la ética y por la lógica (sería una misma decisión, por el bien = por la verdad), simplemente para valer o *ser alguien* (= ser uno)³³. El de la lógica es un imperativo con el mismo título y el mismo derecho que el imperativo práctico kantiano, de manera que respetarlo nos exige no entregarnos emocionalmente a ningún procedimiento de pretensión veritativa, ni mucho menos a uno que la tiene justamente en cuanto pretende situarse más acá de la lógica misma, ni siquiera si ese discurso *aspira a* erigirse en peculiar *logos* de la emoción. El principio de no-contradicción no sería una simple “defensa” del que se resiste, por pura incapacidad, a la verdad del abismo sin embargo interpretable (sin embargo verdad). La razón no es una cobarde racionalización del que no se atreve a encararse con el fondo oscuro de “lo otro”. Bien al contrario, sólo con ella y su claridad, sólo con la función argumentativa del lenguaje, evitamos que nos pasen de contrabando opiniones y teorías, evitamos los fraudes, también por supuesto los que estaríamos de continuo tentados a cometer contra nosotros mismos.

la transformación de todos los elementos en sus contrarios respectivos” (p. 971) [Cursiva MR].

³² ¡Fuentes dedica al recuerdo de sus padres su libro contra Freud!, observaría sin duda un freudiano, guiñándonos el ojo.

³³ Cf. Otto Weininger: *Sobre las últimas cosas*. Trad., notas e introducción de J.M. Ariso. Madrid, Antonio Machado, 2008.

4. Conclusión: Las imágenes del mundo en su lucha inevitable

Así que esa necesidad, señal de lo verdadero, que por supuesto siempre pretenden poner de manifiesto, y siempre a toda costa, los partidarios de las diferentes imágenes del mundo, no pasaría de ser una necesidad espuria, o, como mucho, relativa o condicionada a la aceptación, en último término *injustificada e injustificable*, de determinados puntos de partida. Lo cual sucedería en todos los sistemas de creencias, también, si es que es uno, en el modernista que reaccionaría desesperadamente, pero sin tino, contra la devastación nihilista de la Modernidad, ensimismándose ineffectivamente en ese esteticismo elitista tan característico del tan influyente Nietzsche, pero ya abierto en la inversión tautológica de la filosofía trascendental kantiana operada desde el interior del kantismo por Schopenhauer—con lo que hemos citado a la familia filosófica más legítima de Freud. La disolución modernista de la comunidad, y en el límite de la individualidad—el suicidio del citado Weininger—se alimentarían, nos dice Fuentes, de la desestructuración de la familia tradicional por efecto de la autonomización y la entronización incondicionada de la esfera económico-técnica que acaba finalmente engullendo todas las restantes dimensiones de lo social. Pero si el freudismo va a servir de fe de urgencia a estos individuos que han perdido la orientación moral de su existencia en el naufragio de la estructura familiar, hay que decir que el marco general de la civilización vétero-católica o medieval, también era por supuesto otra *fe* que nos permitía arreglárnoslas con la vida, si bien en un marco tal vez de mayor prestancia que el psicoanalítico, su espejo invertido. Pero de lo que a fin de cuentas se trata es de no irse a pique del todo, o en definitiva de seguir viviendo aunque sea a duras penas, por mucho que los que viven una fe la vivan, naturalmente o por definición, como la verdad pura, o sea, a la defensiva o al ataque contra todas las demás creencias. El caso es que una imagen del mundo tendría ante todo que *funcionar*, lo que significa que ha de rendir efectivamente su donación de sentido a los acontecimientos de la vida humana, de tal manera que se haga posible una cierta “paz del pensamiento” para los humanos de esa cultura. Y si la confesión católica tranquiliza a millones de personas en todo el mundo, al parecer la consulta del analista también conseguiría sosegar a bastantes.

Por otra parte, las dos imágenes del mundo no dejarían por supuesto de tener su belleza característica, su poder de seducción (todo eso que compone un sentido importante de lo que podríamos considerar la *verdad* de cada una de ellas). Es sencillamente grandiosa, sin duda, la imagen de la *universitas christiana* enlazando el planeta de cabo a rabo. Pero el caos de las fuerzas naturales estrellándose las unas contra las otras en el microcosmos que es el hombre, por si fuera poco un hombre capaz de sujetarlas al contradictorio “logos” psicoanalítico, también atrae lo suyo como atractivo formato schopenhaueriano. Otra cosa es, y tal vez triste, que no se

pueda ser creyente católico *a voluntad*; otra cosa es que el freudismo, con su idea fija, vacíe de valor a todo lo valioso, al tener al valor de lo valioso como mera máscara mendaz del deseo, por definición imposible y reprimido, como muy bien nos recuerda Fuentes.

Así que si buscamos comparar o juzgar, con vistas a lo mejor a una ilusoria “elección” racional entre ellos, sistemas de creencias, será preciso acudir a otros criterios, pues tanto el pragmático como el estético se satisfarían en los dos casos que a nosotros nos conciernen. Y en este punto se echa a faltar en el libro de Fuentes una discusión convincente de los que serían, en orden a una comparación semejante, los asuntos capitales de la política, la sexualidad y la ciencia *moderna*, aunque de los dos primeros sí tenemos ocasión de leer consideraciones interesantes e instructivas. En cuanto a la cuestión política, en primer lugar, se nos ocurre a nosotros plantear como criterio de elección el del modo en que los diferentes poderes o dominaciones han tratado efectivamente a sus *siempre* inevitables disidentes, o incluso nada más que heterodoxos. Y en este punto el “establo” socialdemócrata del consumidor satisfecho saldría sin duda ganando con diferencia: uno puede decir y hacer, en él, casi todo lo que le dé la real gana sin miedo a la tortura (otra cosa es la indiferencia tan característica de los establos, esa pequeña tortura de que nadie le haga caso a uno). Y ello es así no por casualidad, sino porque, en el fondo, en esta concepción y esta práctica de la socialdemocracia muy pocos pretenderían seriamente hallarse en posesión de la verdad, eso que en política es peligrosísimo o la raíz del terror. *Como nadie puede negar*. Y es que de verdad yo prefiero que los poderes públicos, que más o menos limitan a los fácticos del capital y sus salvajadas, me traten como a un mero consumidor al que se pretende satisfacer en el sentido del bienestar material; pues del espiritual ya me ocupo yo, y no estoy dispuesto a que nadie me suplante o pretenda suplantarme en ello.

Pero Freud observaría con mucho acierto, en la línea hobbesiana que le era característica, que los humanos, de manera natural, buscan trabar relaciones con el otro no sólo para explotarlo económica sino además sexualmente³⁴. Y en este último asunto hay que decir que sin duda es miseria sexual el sexo abstracto como objeto de consumo que vendría a concluir lógicamente en la industria de la pornografía, como bien subraya Fuentes; pero que también lo era, y esto hay que recordarlo, aquella estúpida represión sexual de infausta memoria. Y en general, la moral sexual oficial de la Iglesia Católica, tal y como aparecería formulada, por ejemplo, en la encíclica *Humanae Vitae*, no da la impresión de ser muy “de este mundo”³⁵,

³⁴ Este cruce de la sexualidad con el poder, clave mayor del sentido de los casos que Freud analizaba en los años de la histeria, ha venido siendo subrayado desde hace ya tiempo, en buena parte contra el mismo Freud, por autorizadas pensadoras del feminismo contemporáneo.

³⁵ Lo verdaderamente molesto del sexo es que, fragmentándonos una y otra vez, nos recuerda continuamente nuestra condición “terrestre”, cuando lo cierto es que habría otros aspectos de lo humano

o adecuada a las necesidades humanas, que sin duda las habría muy reales: están determinadas, en este punto y entre otras cosas, por la concentración de determinadas hormonas en sangre. Por eso no entendemos a Fuentes cuando manifiesta extrañeza, y adopta ese inequívoco aire de superioridad por otra parte tan característico, ante la idea modernista de liberarse de las ataduras tradicionales en este terreno *tan importante* de la sexualidad. Justo aquí tendríamos, en el hacerse cargo de la absoluta relevancia de una sexualidad “sana” (o incluso “feliz”) para la pacificación de la existencia humana, para la viabilidad del mismo amor cristiano entre los hombres, indudablemente, otra razón del triunfo cultural del freudismo, quizás la más digna de ser tenida en cuenta.

Los problemas de Dora no se iban a solucionar, por supuesto, con la hipotética decisión de reconstruir una vida familiar ya perdida y ahora imposible, aunque sólo fuera porque su situación familiar descompuesta era el origen de todos sus graves desequilibrios. La única solución en su caso, tal vez, era empezar desde el principio en otro lugar bien alejado de aquel en que residía su familia. Que la dejaran en paz todos ellos, el padre liado con la mujer del que acosaba o pretendía a Dora, la madre amargándoles la vida con su psicosis del ama de casa a costas, un horror, un infierno. Y no logramos entender tampoco la insistencia de Fuentes en que asumir la responsabilidad moral que a uno le compete y lo constituye como persona, se tiene que identificar, porque sí, con la decisión de reconstruir la descompuesta estructura familiar. (Incluso encontrando plausible su tan optimista afirmación de la conformación moral del deseo de la nueva generación, sin quiebra ninguna, en el núcleo mismo de la matriz normativa familiar, su tesis antifreudiana más fuerte) ¡Esa trágica identificación, tan típicamente española a partir del siglo XIX, de moralidad y consanguinidad!³⁶

Por último, no podemos terminar sin dejar constancia del clamoroso silencio de Fuentes en lo que hace al papel de la ciencia moderna en el diseño profundo, por así decir, de la estructura y el sentido de la época que tanto se ataca en el libro. La clave de este silencio radicaría, a nuestro juicio, en que, por un lado, tanto el modelo del método hipotético-deductivo como la concepción verificacionista, o para el caso falsacionista, del significado, con los que el autor intenta arruinar la construcción psicológica freudiana, carecerían de toda sustancia y de todo sentido si hiciésemos abstracción del espíritu crítico que nos trajeron la ciencia moderna, y la filosofía

que nos hacen pensar que no seríamos del todo terrestres, que seríamos de “verdad” o seríamos “unos”. Una contradicción que puede ser muy difícil de sufrir (porque no se puede negar ninguno de los dos extremos). El sexo estaría siempre más acá de la razón en el sentido clásico del término, es lo indisponible que nos desborda o lo irrefrenable, y por eso siempre nos hechizan los enfoques que pretenden ir a darnos soberanía sobre el sexo, aunque para ello tengan que renunciar al principio de no-contradicción, naturalmente, o abstenerse del mismo.

³⁶ Cf. para entender esto las decisivas reflexiones de María Zambrano en *Pensamiento y poesía en la vida española*, en *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar, 1971, 251-359, esp. pp. 343-350.

que en ella habría encontrado a la vez ilustración e inspiración. Pero, por otro lado, ese mismo espíritu crítico de la ciencia moderna ha venido sin duda a identificarse, por lo menos en uno de sus giros más notorios, con el impulso nihilista que ha arrasado el sustento axiológico tradicional de la civilización occidental³⁷. Esa sería tal vez nuestra tragedia. Y el psicoanálisis freudiano es cómplice muy solidario, y nada secreto, del motor de nihilización entrañado por ese cientificismo moderno, el que por otra parte, o por lo mismo, habría posibilitado y fomentado la capacidad analítica que serviría, paradójicamente y por ejemplo a Fuentes, para desmontarlo. Habría que concluir, entonces, que la herramienta crítica esencial con la que aquí se demuele el edificio freudiano, en reivindicación de la creencia y de la cultura vétero-católicas, sería justamente la que estuvo antes manos a la obra en la demolición de esa misma cultura y de esa creencia “viejas”.

Referencias bibliográficas

- Breger, L.: *Freud. El genio y sus sombras* (2000). Trad. M. Diago y A. Debritto. Barcelona, Javier Vergara Editor, 2001.
- Danto, A.: *Narration and Knowledge* (1965). New York, Columbia University Press, 2007.
- Deleuze, G. y Guattari, F.: *El antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Barral, 1974.
- Freud, S.: *Zur Ätiologie der Hysterie* (1896). *Freud-Studienausgabe* (1969-1975). Hrgn. von A. Mitscherlich, A. Richards, J. Strachey. Band VI, 51-83 pp. Frankfurt a. M., S. Fischer Verlag, 1971 (7ª).
- Freud, S.: *La etiología de la histeria*, en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo I (1873-1905), XIV, 299-317 pp. Trad. de L. López Ballesteros y de Torres, ordenación y revisión de J. Numhauser Tognola. Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- Freud, S.: *Los orígenes del psicoanálisis* (Cartas a Fliess), trad. R. Rey Ardid, Madrid, Alianza Editorial, 1975.
- Freud, S.: “Bruchstück einer Hysterie-Analyse“. *Caso Dora* (1901 [1905]). *Freud-Studienausgabe* (1969-1975). Hrgn. von A. Mitscherlich. A. Richards. J. Strachey. Band VI, 83-187 pp. Frankfurt am Main, S. Fischer Verlag, 1971 (7ª).
- Freud, S.: “Análisis fragmentario de una histeria (‘Caso Dora’)” (1901 [1905]), en *Obras Completas de Sigmund Freud*, Tomo I, XXI, 933-1003 pp.

³⁷ Por eso no se puede identificar sin más actitud crítica y cultura científica, porque está claro que es preciso criticar también, y hoy más que a otras muchas cosas más “tradicionales”, a la cultura científica.

- Freud, S.: *Massenpsychologie und Ich-Analyse* (1920), Band XII, 71-161, en *Sigmund Freud: Gesammelte Werke. Chronologische geordnet*. 18 Bände. Frankfurt a. Main, S. Fischer Verlag, 1946.
- Freud, S.: *Psicología de las masas y análisis del yo*, IV, p.29 de la trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres, en la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- Freud, S.: *Selbstdarstellung* (1925), Band XIV, 31-96 pp. en *Sigmund Freud: Gesammelte Werke. Chronologische geordnet*. 18 Bände. Frankfurt a. Main, S. Fischer Verlag, 1946.
- Freud, S.: *Autobiografía*, trad. de L. López-Ballesteros y de Torres, en el Libro de Bolsillo de Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- Fuentes Ortega, J.B.: *La impostura freudiana: una mirada antropológica crítica sobre el psicoanálisis como institución*. Madrid: Encuentro, 2009.
- Hacker, P.M.S.: *Wittgenstein. Meaning and Mind*. Part I Essays. (Volume 3 of an Analytical Commentary on the *Philosophical Investigations*). VII, 3. “The indeterminacy of the mental”. Oxford UK and Cambridge USA, Blackwell, 1990.
- Mele, A.: *Irrationality. An Essay on Akrasi, Self-Deception, and Self-Control*. New York / Oxford, Oxford University Press, 1987
- Nasio, J.D.: *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Quine, W.v.O.: “Naturalización de la epistemología” (1969), en *La relatividad ontológica y otros ensayos*, Madrid, Tecnos, 1974, 93-121 pp.
- Rodríguez González, M.: “Narración y conocimiento: el caso del psicoanálisis hermenéutico”, en *Revista de Filosofía*, 3ª Época, vol. XIII (2000), núm. 24, pp. 139-167.
- Weininger, O.: *Sobre las últimas cosas*. Trad., notas e introducción de J.M. Ariso. Madrid, Antonio Machado, 2008.
- Zambrano, M.: *Pensamiento y poesía en la vida española*, en *Obras reunidas. Primera entrega*, Madrid, Aguilar, 1971, 251-359
- Zambrano, M.: *El hombre y lo divino*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2005.

Mariano Rodríguez González
 Departamento de Filosofía IV
 Facultad de Filosofía
 Universidad Complutense de Madrid
 marian@filos.ucm